

No debe olvidarse que las *Cantigas de Santa María* fueron compuestas para ser cantadas por juglares en las iglesias. Así lo da á entender el rey Alfonso en su testamento, y claramente lo expresa en la cantiga CLXXII.

«E d'esto cantar fezemos
que cantassen os ioglares.»

CAPÍTULO VIII

Carácter de Alfonso X.—Injusticias de la historia y de la poesía.—Calumnia contra la piedad del Rey Sabio.—Testimonios de su acrisolada piedad.—Defensa del Rey contra el Dante.—Perseverante entereza de Alfonso para sostener su derecho al Imperio.—Su ánimo sincero.—Su espíritu tolerante y caritativo.—Su indole caballerosa y bizarra.—Periodo de desventura y decadencia.—Fervientes alabanzas de Brunetto Latini.

Una de las circunstancias importantes que dan valor á las *Cantigas de Santa María* es el luminoso reflejo que hay en ellas del carácter del Sabio Monarca, y del estado de la cultura de Castilla en aquella remota edad; reflejo que apenas se vislumbra en los antiguos escritos históricos.

¡Cuán engañado y mal satisfecho queda el ánimo cuando busca en las crónicas de la Edad-media la imagen, el bosquejo siquiera, de la vida intelectual de esplendorosos y célebres reinados como el de Alfonso X, en los cuales las artes y las letras daban vigor y lustre á aquellas generaciones animosas, que iban sacudiendo rápida y afanosamente las cadenas de la barbarie de siglos anteriores! Mudos están los anales de los historiógrafos castellanos acerca del contento y de la noble largueza con que el preclaro Monarca acogía en su corte á los sabios y á los poetas de todas las naciones. A rompimientos y alianzas con monarcas árabes y cristianos, á intrigas, ingraticudes y rebeliones de los príncipes y de los magnates, á tratos, documentos y enfadosos dis-

cursos de autenticidad muy dudosa, se reduce casi por completo la crónica de Alfonso X. Por cosa baladí debían tener estos deventurados historiadores el cultivo literario y artístico del entendimiento, cuando tan poca atención y diligencia consagran en sus áridas narraciones á esta parte esencial de la vida de los pueblos.

En las *Cantigas*, como obra de indole ingenua y popular, se pintan con llaneza y verdad las costumbres de la época y las geniales tendencias del entendimiento y del carácter de Alfonso X.

Su peregrino Cancionero de Santa María, nacido del espíritu peculiar de los últimos siglos de la Edad-media, da claro testimonio de la fervorosa piedad que, como cualidad preponderante, resplandecía siempre en el alma del regio trovador.

Esta piedad ha sido alguna vez puesta en duda, porque no hay virtud ni noble impulso del alma cuyo lustre no intenten empañar la insustancialidad ó la envidia.

Don Pedro IV, rey de Aragón, apellidado *el Ceremonioso*, por etiquetero y altivo, y tachado además de «envidioso de glorias y virtudes ajenas» (1), propagó y autorizó la idea, arbitraria y malignamente concebida por los enemigos de Alfonso X, de que había dado éste muestras de audacia impía y de herética arrogancia, declarando imperfectas muchas de las cosas por Dios creadas para el ordenamiento y régimen del mundo. Esta acusación, que hoy habría causado á los más indiferencia ó risa, causó grima y escándalo en aquellos

(1) Marqués de Mondéjar: *Memorias históricas del rey D. Alonso el Sabio*. —Zurita dice: «Fué la condición del rey D. Pedro IV y su naturaleza perversa é inclinada á mal.»

siglos de fe recelosa y austera. El rumor tomaba cada día mayor vuelo y autoridad; á porfía lo repetían en sus libros historiadores y analistas; todos motejaban al piadoso Rey de *temerario* y de *sacrilego* por haberse arrojado á censurar los inescrutables designios del Supremo Hacedor, y en la segunda mitad del siglo xv había crecido tanto la necia calumnia, rutinariamente repetida, que el grave escritor D. Rodrigo Sánchez de Arévalo, obispo de Palencia, la consigna, como hecho histórico indudable, en su *Historia de España* (1) con esta candorosa lisura y credulidad:

«Este Alfonso, según escriben los anales de España, se atrevió á examinar y querer enmendar las obras divinas, que son perfectísimas y criadas con suma sabiduría, peso, número y medida; porque decía públicamente, con blasfemia, que si al principio de la creación humana hubiese sido del Consejo de Dios altísimo, se hubieran criado mejor y más bien ordenadas algunas cosas.»

No paró aquí la trascendencia de la calumnia. La importancia tradicional del hecho exaltó la imaginación popular. Aun no había pasado del todo el *ciclo de las visiones*, y se formó una leyenda fantástica que refiere con minuciosos pormenores el mismo Sánchez de Arévalo.

En forma de hermosísimo mancebo, vestido de blanco, se apareció un ángel al caballero Pedro Martínez de Pampliega, ayo del infante D. Manuel, y le dijo «que se había pronunciado sentencia en el consis-

(1) Murió en Roma este ilustre Prelado el año de 1470, siendo gobernador del castillo de Santángelo.

torio divino contra el rey D. Alfonso de que hubiese de morir desheredado, y aun de cruel muerte, si no se arrepintiese de su blasfemia y vana temeridad». Corrió anheloso el caballero á Burgos, donde se hallaba el Rey, y le refirió la visión, suplicándole que se retractase y arrepintiese para aplacar las iras del cielo. Recibióle D. Alfonso con desabrimiento, se burló de sus exhortaciones, y repitió con mayor soberbia las nefandas palabras. Algunos días después, estando el Rey en Segovia, se le presentó un santo ermitaño, que había tenido la misma revelación, y le amenazó con el castigo divino si no hacía penitencia por sus pecados, y especialmente por sus afirmaciones impías. Don Alfonso le despidió con enojo y con menosprecio. Aquella misma noche se desencadenó una tempestad tan furiosa y tremenda «que parecía hundirse el cielo». En la cámara del Rey cayó una centella que abrasó sus vestidos y los de la Reina. Arreciaba por momentos la tormenta, y atemorizado D. Alfonso, mandó venir sin dilación al ermitaño, Humilde y contrito se retractó y confesó sus culpas, y ¡oh prodigio consolador! á medida que la mansedumbre entraba en su ánimo, y brotaban de sus ojos lágrimas de arrepentimiento, se iba apaciguando la tempestad. Terminada la confesión, quedó el cielo raso y sereno.

Esta leyenda es, como los milagros de las *Cantigas*, una lección religiosa y moral. Corrió con tal fortuna, que la reprodujeron de allí á poco insignes escritores como el capellán de D. Juan el Segundo, Diego Rodríguez de Almela, cuyo famoso libro, el *Valerio de las Historias*, es, en este punto, visible reflejo de la *Historia de España* del Obispo Sánchez de Arévalo, y fray Alfonso de Espina en su *Fortalicio*, ó *Fortaleza de la*

Fe. Pero los tres escritores, si bien contemporáneos, difieren en varias circunstancias esenciales del suceso. El padre Espina, por ejemplo, dice que el ángel se apareció al mismo rey D. Alfonso, y «de parte de Dios le reveló la sentencia de su muerte, que había de suceder dentro de trescientos días, como le aconteció».

Esta divergencia da á conocer sobradamente que la tal leyenda es mera ficción de fantasía mística, que cada cual arreglaba á su antojo. Sin embargo, tanto cunden las calumnias históricas, y de tal manera se transmiten de generación en generación sin discernimiento ni examen, que, ya entrado el siglo xvii, siglo de investigación y duda, el sesudo y verídico Colmenares refiere como cosa averiguada la misma fábula tradicional (1), añadiendo un nuevo eslabón á la cadena de errores que á veces forja inocentemente la historia. El hecho es que aquella patraña, sombra con que pretendían anublar la gloria del esclarecido Príncipe castellano, una de las más resplandecientes lumbreras de la Edad-media, permaneció en la historia, hasta que fué desvanecida por completo á la luz de la cultura y de la crítica moderna.

Es curioso ver afanarse al sabio y grave Marqués de Mondéjar en acopiar testimonios históricos, y entre ellos solemnes declaraciones de los Pontífices Romanos (2), para demostrar el ortodoxo espíritu que inspiró siempre

(1) Colmenares: *Historia de Segovia*. Segovia, 1627.

(2) Merecen citarse las siguientes palabras de un Breve despachado en Orvieto al rey Alfonso por el papa Alejandro IV el 21 de Agosto de 1263:

«Dios ha hecho grande tu nombre, más que el de los demás grandes que están en la tierra, echándole á ti y á tu reino abundantísima bendición en el rocío del cielo y fertilidad de la tierra. Por lo cual se goza y alegra sobre ti, hijo bendito y cristianísimo Príncipe, tu madre la Iglesia romana.»

los actos y los pensamientos del cristiano rey Alfonso X, y los deleznales fundamentos de la aventurada y malévolva suposición del monarca aragonés D. Pedro IV.

Los sentimientos religiosos de Alfonso X resaltan sin tregua en todos los actos de su vida. Siempre se manifestó espléndidamente generoso para con el estado eclesiástico de sus reinos, ansioso de fomentar por este medio el culto divino. Erigió con magnificencia las Sedes catedrales de Murcia, de Cartagena, de Badajoz, de Silves y de Cádiz; recompensó con «amplísimas donaciones» á las Órdenes militares de Santiago, de Calatrava, de Alcántara, de los Templarios y de San Juan, por los señalados servicios que habían prestado en la conquista de Sevilla (1). Á pesar de estar en perpetua cruzada contra la morisma en los confines de sus propios Estados, D. Alfonso no olvida los grandes intereses del cristianismo en Palestina, y allí envía, según se cree con auxilios de guerra, á su primo hermano Fernán Pérez Ponce, y nombra á su Mayordomo mayor y ricohombre, D. Juan García de Villamayor, *Adelantado mayor de la mar*, por el «*gran sabor (gusto) de levar adelante el fecho de la Cruzada de allende el mar, á servicio de Dios é exaltamiento de la Cristiandad*» (2).

Donde más claramente resplandece el religioso espíritu del rey Alfonso es en su fervorosa devoción á la Madre de Dios. En honra de la Virgen fundó una nueva Orden militar con el título de *Santa María de España*, la cual fué probablemente incorporada á la de Santiago después de la funesta batalla de Moclín (1280), en la

(1) Ortiz de Zúñiga; Mondéjar; Crónicas.

(2) D. José Pellicer; Ortiz de Zúñiga.

cual perecieron á manos de los moros el maestre Gonzalo Ruiz Girón y casi todos los heroicos caballeros de esta última Orden (1).

Es verosímil que la *Orden de Santa María*, creada por D. Alfonso el Sabio, fuese imitación de la que con el mismo título había fundado algunos años antes en Italia su primer maestre Bartholomeo Vicentino (2).

Dos siglos más adelante, el rey Cristiano I de Dinamarca fundó, con igual título, otra Orden para honra y culto de la Santa Virgen. Así describe en sus *Selvas Dánicas* el Conde de Rebolledo el principal distintivo de que usaban los caballeros:

Es tradición que instituyó la *Orden*
(imitando las otras militantes),
de la Virgen María,
en que de una cadena de elefantes,
que de la castidad simbolo hacía,
el simulacro virginal pendía (la imagen de la Virgen).

Pero ¿á qué detenerse en buscar en historiadores y en cronistas testimonios de la piedad del sabio Monarca? Ociosa tarea cuando se tienen á la vista las CANTIGAS DE SANTA MARÍA. Rebosan en ellas el humilde acatamiento á la incomprendible majestad del poder divino, la sencilla efusión mística de quien cree y adora, y no analiza ni discute.

(1) Opinión muy fundada de D. Luís de Salazar y Castro, que fué quien encontró noticia auténtica de esta *Orden de Santa María* en el archivo del convento de Uclés.

(2) Según Juan Villani, podían contraer matrimonio los caballeros de la Orden italiana de *Santa María*.

Habla impersonalmente en muchas cantigas; y en algunas de aquéllas, en las cuales dice cosas que en alabanza suya redundan, procura como hacer olvidar por modestia al autor, con disimulación transparente. Uno de los más claros ejemplos de ello se encuentra en la cantiga ccxcv, donde, después de hablar de un Rey (el mismo Alfonso) que para honrar á Santa María mandaba hacer hermosas efigies de la celestial Señora y vestirlas y adornarlas con ropas, coronas y preseas suntuosas, añade que, «según oyó contar», el mismo Rey escribía también trovas para glorificarla (1). Es verdaderamente curioso y simpático el piadoso engreimiento con que Alfonso refiere en esta cantiga sus afanes para realzar el culto de María.

Con respecto á la pureza de la fe, Alfonso X es digno hijo del heroico rey San Fernando, que no acometía empresa alguna sin implorar el favor del cielo por la mediación de la Santa Virgen (2). Para D. Alfonso era la Madre de Dios, cual lo había sido para su esclarecido padre, guía, consuelo y esperanza; era, como se ve patente en las *Cantigas*, la confidente de sus pesares, el sostén de sus guerreras ilusiones, la sublime y sobrenatural señora de sus pensamientos de trovador caballero.

«De hoy más, exclama rindiendo tributo á las tendencias caballerescas de la época, tú serás el sagrado objeto

(1) «Demais trobaua per ela,
segund' oy departir.»

(2) Ejemplo glorioso, la capilla del *Valme* erigida por el santo conquistador.

de mis trovas, la única mujer que ensalcen mis cantares.»

«Rosa das rosas et Fror das frores,
Dona das donas, Sennor das sennores,
Esta Donna que tenno por Sennor
et de que quero seer trobador,
se eu per ren poss'auer seu amor,
dou ao demo os outros amores.»

Quien da á su inspiración tan fervoroso impulso; quien cifra su mayor anhelo, haciendo sin tregua costosos sacrificios, en erigir altares á la Madre de Dios (1); quien, gravemente enfermo y desahuciado de los médicos, se hace colocar sobre el pecho el libro de las *Cantigas* y atribuye su curación á la milagrosa influencia de este acto de veneración á la Virgen (2), no necesita otras pruebas para convencer á la posteridad de su fe acrisolada, de su puro y cordial cristianismo.

Pero ¡cómo extrañar que Alfonso X fuese mirado

(1) Edificación del templo de Santa Maria del Puerto. Este es uno de los homenajes al culto á que consagró el Rey mayores afanes, sacrificios y privilegios.

Con igual piadoso espíritu procedió respecto de la capilla de Jerez, de la iglesia de Murcia, etc. De todo esto ofrecen las *Cantigas* irrefragable testimonio.

(2) Ocurrió esto en Vitoria.

El hecho de colocar libros sagrados sobre los enfermos para obtener curaciones milagrosas, debió de ser bastante común en la Edad-media. Paulin Paris, al hablar del famoso libro *Historia Britonum* (primera mitad del siglo XII), tenido por una de las principales fuentes del *Ciclo de Artus*, menciona la conseja de un embaucador del país de Gales, hacedor de conjuros, el cual curó á un vecino suyo, que se hallaba poseído de los espíritus malignos, colocándole sobre el pecho el Evangelio de San Juan. (*Les Romans de la Table ronde*. Introduction.)